

CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO SOBRE LO ECONÓMICO, LO POLÍTICO Y LO SOCIAL, DESDE LA PERSPECTIVA CRISTIANA

P. Luis Ugalde, S.J.

Abstract

The author approaches, in the first place, the condition of quasi-God that in the human heart tends to acquire power and wealth. For that reason, a merely rational treatment of those earth realities is more difficult and instrumental and its discernment requires an attitude related to "blessed are the poor in spirit, because of them it is the kingdom of heavens". The human heart is creative of "Gods" and for that reason tend to dominate the others, as much with its actions as with the institutions and societies that creates. In second place we'll approach the limits of the rational "laws" in economy, policy, social behavior and in technology. Any pretension of total autonomy of all moral consideration, is either ilusory or cheating in all the areas in which the human conduct is decisive. This is applied to the pretension of a economy free of ethics, authority and law, that frame the activities of production and distribution as ordered to common wealth.

The social doctrine of the Church reads, in this sense, the terrible experience of an economy in which success is measured by the appropriation of the human life throug society, putting in evidence their transformation thourg certain domination instruments. Policy and State are not neutral neither superior referees, that are free of human passions and discernments. This is inseparable of social structures and relations. Finally, the criteria for understanding Christian action, in the perspective of liberation, in the present state of Venezuela, require an applied understanding of the specific paradoxes concerning a country constructed over a petroleum wealth and a majority and increasing poverty in its people. The cruel distortions of the way that the Government uses the oil rent and the cultural deformations that entail, must be revealed in order to reorient them. The author indicates some attachment lines to surpass and to rearrange the country.

INTRODUCCIÓN

El corazón humano y su acción en la sociedad es un taller inagotable de construcción y de destrucción de ídolos. Por eso nada es ajeno a la teología y al discernimiento. Un importante problema es que los mecanismos de discernimiento llevan en sí un virus que desorienta y están llenos de trampas y por tanto ellos mismos deben ser también discernidos.

Discernir espiritualmente requiere entender la naturaleza de lo que debe ser aclarado, conocer las trampas en que nuestra acción tiende a caer o perder la libertad y finalmente sentirse movido a actuar libre y responsablemente para “en todo amar y servir a Dios” y a nuestros semejantes. Discernir para la acción, pues el pecado de omisión puede ser cómplice eficaz de las opresiones.

Al mismo tiempo hay que tener una comprensión suficiente de la naturaleza de las sociedades construidas por la acción humana y el significado liberador-humanizador de la economía, de la política y de las relaciones sociales, así como sus posibilidades opresoras y negadoras de la vida humana. Ese significado no está sólo en lo que la economía, la sociedad y la política como tales hacen, sino también en lo que permiten (o impiden) hacer a las personas dentro de ese marco socioeconómico y político.

Sabemos que lo económico, lo político y lo social están de tal manera interrelacionados en las sociedades que no pueden separarse adecuadamente, pero cada uno tiene su propia condición y no puede ser reducido al otro.

Adicionalmente conviene recordar que en las diversas épocas de la humanidad y momentos de las sociedades puede haber cierta “sobredeterminación” del todo impuesta por la prevalencia de una de las dimensiones de ellas: lo político, lo religioso o lo económico, por ejemplo.

Nos interesa comprender cómo viven y actúan las personas en estas tres dimensiones y cómo se ven afectadas por ellas. Incluso es del mayor interés la ignorancia y el descuido cultivados en relación a alguna de esas mediaciones sociales; con frecuencia esta carencia y omisión se pretende resolver con moralismos que más bien demonizan la economía y la política y los presentan como si la acción del cristianismo en esos campos fuera indebida o al menos innecesaria. Moralismos también de otra índole que presentan la respuesta cristiana a la economía y a la política con un idealismo irreal y en

el fondo maniqueo por su incapacidad de afirmar realidades imperfectas y por su propensión a promover dictaduras para la búsqueda de paraísos inexistentes: Aventuras nacionalistas que destrazan países, aventuras de conquistas para expandir los reinos “cristianos” o aventuras profético-igualitarias que terminan justificando regímenes totalitarios de promesas absolutas.

Se nos pide sabiduría para descubrir *el fin y sentido* de la vida, de la *acción humana* en la historia en la consecución de ese fin y la vivencia de ese sentido. Sabiduría que comprende lo personal en lo social, el yo y el nosotros, el tiempo y la eternidad. La interacción humana en lo económico, lo político y lo social; sus posibilidades como medios y sus tentaciones de pervertir los medios absolutizándolos y extraviar los fines. No se trata sólo del *conocimiento intelectual*, sino de la sabiduría que nos hace *libres* para *ordenar* nuestra acción y vida social para la libertad y más vida humana, o simplemente para que la mayoría viva con cierto grado de condiciones humanas mejores que en el pasado.

Necesitamos conocer *el corazón humano*, sus instintos primordiales, sus afectos y sus pasiones y al mismo tiempo su acción e interrelación social, diferenciando, dentro de ella, lo *económico*, lo *político* y lo *social* y lo que en cada uno de estos niveles de la vida social es imprescindible e insustituible para que haya vida y desarrollo humano, así como lo que hay de muerte en el éxito unilateral en lo económico, político o social.

Dividimos nuestra exposición en tres grandes bloques referidos al corazón humano, a las estructuras socio-económicas y a la acción concreta:

- I. Los dioses que nacen del corazón humano
- II. Las creaciones económicas, políticas y sociales con sus ambigüedades fundamentales y que subordinan a las personas.
- III. ¿ Cuáles pueden ser los criterios para orientar nuestra acción hoy como cristianos en la economía, en la política y en las relaciones sociales en Venezuela?

Desde luego, en temas tan complejos y tan amplios, apenas podemos insinuar algunos aspectos con la esperanza de que sirvan para provocar la reflexión y discusión de otros muchos.

I. HUMANOS Y DIOS

El hombre es vocación. Su identidad es horizonte, no la posee. Su anhelo está centrado en lo que todavía no es y descentrado en lo que es. Por eso va siendo y haciéndose. Por un lado, cada uno es su propio dios en lo que aspira y se sirve de los que le rodean y a veces lo usa como pedestales y adoradores potenciales. Por otro, se siente invitado a hacer camino con otros humanos para llegar a ser y hacerse en el amor. Tanto la dominación como la solidaridad tienen raíces en el corazón humano. Entre esos dos polos contrapuestos la mayoría de los humanos vive sin pretensiones de hacerse dioses, ni participar en el debate de los grandes sistemas sociopolíticos.

Donde está nuestra identidad buscada, está la tentación.

1. *“Seréis como dioses”*

Eso promete el Tentador. “Seréis como dioses” nos dice el hijo del hombre, que es Hijo de Dios. La aspiración es la misma, los caminos opuestos. Por eso hay que discernir la propia identidad humana y el camino para encontrarla. ¿Cuál es nuestro absoluto que da sentido y ordena todo lo demás? ¿La autodivinización y absolutización de nuestro propio ser individual, nuestro poder y nuestros haberes subordinando e instrumentalizando a cuanto nos rodea y a las demás personas humanas?

Esa identidad y las respuestas diversas a ella tienen su obra histórica, e influyen en el desarrollo de sociedades, economías y políticas. También entran en la construcción de religiones e influyen en ellas. No son construcciones puras, sino principios que actúan junto con otros factores y principios.

Jesús nos muestra otro Dios, otra identidad y otro camino para ser como Dios. Dios es amor que se nos da. Quien nos instrumentaliza como objetos suyos no es Dios. Nuestra identidad y camino de realización y de plenitud está en descubrir, recibir, aceptar y cultivar no a cualquier dios, sino el Amor que se nos da y nos afirma como sujetos responsables. Identidad y camino de realización que pasa por nuestro amor a Dios y al prójimo. No hay afirmación ni realización del yo, sin afirmación del nosotros, que incluye amar a los otros como a nosotros mismos. Este principio actúa en todo, pero

no hay sociedades construidas solamente por él. Tal vez es iluminadora en este sentido la imagen del Evangelio “ustedes son la sal de la tierra”; no son la comida, sino aquello que es necesario para que la comida no se eche a perder; ustedes son la levadura para que la masa se levante.

El Amor nos hace libres para amar y servir. Amor y servicio que hace el camino de la liberación personal liberando. Libres por el Don recibido, libres para “en todo amar y servir”.

Seréis como dioses es el camino de la perdición de la humanidad. Al mismo tiempo *seréis como dioses* es la identidad no poseída, la vocación liberadora. La cultura, la economía, la política y las relaciones sociales, informadas por esta identidad y este espíritu, se construyen con los mismos materiales del barro humano. Sólo que en diálogo con el Dios-Amor y en diálogo con los otros que no son objetos, ni instrumentos nuestros.

La plenitud no existe en la historia, la utopía no tiene lugar como realidad, sólo como horizonte, como inspiración y fuego interior. No hay sociedad ideal realizable históricamente, ni economía ideal, ni política de plena realización y liberación. No es que todavía no lo tenemos, pero en el futuro sí. Nunca lo tendremos, pues nada es absoluto, ni hay dios terrenal que merezca adoración, altares y sacrificios humanos. El Dios-amor, no es el dios de la guerra que bendice para matar, que legitima y autoendiosa el dinero, ni sustenta el poder de los tiranos, ni privilegia con superioridad a los sectores sociales dominantes.

2. “*El corazón de un mundo sin corazón*”

Marx dijo que la religión es el opio del pueblo, el suspiro en la miseria, el corazón de un mundo sin corazón. El enfermo por sus fuertes dolores necesita y agradece la morfina, el opio. Así entiende Marx la religión. Cuando no haya miseria, no habrá suspiro; sin dolores, no hará falta opio calmante. Entonces el mundo tendrá corazón, el estado se extinguirá por innecesario y el hombre no inventará un corazón religioso fuera de él, proyectado en otro mundo que no existe. Naturalmente esa media verdad e ilusión de Marx, es desmentida por la historia anterior y posterior a él.

No habrá un mundo con el corazón pleno. No hay, ni habrá hombre nuevo en la historia, ni un estadio nuevo en el que la alienación sea una etapa

superada. No hay unas leyes científicas (ni liberales, ni marxistas) cuya aplicación produzca hombres superiores, liberados y plenamente realizados. Ni hay procesos económicos, ni regímenes políticos que justifiquen todos los sacrificios como paso del desierto obligado para llegar a la tierra prometida. No hay tierra prometida, ni hay paraíso terrenal: ni ateo, ni cristiano; ni humanista, ni tecnócrata.

Este es el primer punto de discernimiento.

La religión del amor es el “corazón de un mundo sin corazón”, pero no puesto fuera, sino actuando dentro de la historia, que siempre tiene corazón y siempre está falto de él: en el año 14 de la humanidad y en el 3015; en las cuevas primeras con un hacha de piedra o en el lejano futuro lleno de inventos maravillosos, que hoy todavía ni siquiera nos imaginamos. Nacemos desnudos y desnudos morimos: los de ayer y los de mañana. Tenemos que aprender a caminar y a amar. Llevamos el sello de la búsqueda y la impronta del amor.

“Seréis como dioses”, pero cómo. El camino lo hace cada uno y también cada sociedad y cada cultura.

Estamos dotados de personales “instintos” básicos; las ciencias, y las prodigiosas tecnologías acumuladas nos brindan medios para realizar nuestra vocación. Pero nada de esto acorta ni un metro el camino a la realización, ni ahorra el discernimiento, ni la sabiduría necesaria, ni la arriesgada libertad para que todo lo ordenemos a fin de en todo amar y servir a la vida y afirmarla.

3. *Nuestros dioses*

El hombre es un incansable constructor de dioses, obra de sus manos y de su espíritu. Eso no es cosa de los “primitivos”, sino está en la condición humana que conocemos, no importa que se considere ateo o creyente. Necesita absolutos y los construye en torno a tres instintos básicos: sexo, poder y haber. Al mismo tiempo la luz utópica, su capacidad creativa y la sabiduría impregnada de amor, permanentemente trabajan para que el poder se desarrolle como servicio, los haberes, cada vez más abundantes, contribuyan a más unión y más vida y a que el sexo en cada persona y en la sociedad, se humanice y sea expresión de amor. No son tareas y logros que una generación los realiza y las siguientes los disfrutan. Es cierto que los sistemas, las instituciones, las relaciones sociales, los valores culturales, son duraderos y pasan de una

generación a otra. También es cierto que hay avances increíbles que perduran y se acumulan; por ejemplo, no es lo mismo un sistema esclavista donde se compran se venden y se matan los humanos, que un sistema que consagra los derechos fundamentales de todos, ofrece oportunidades reales y castiga a quienes violen esos derechos; ni es lo mismo cuidar la salud antes de la penicilina que después. Pero cada generación y cada nueva situación está expuesta a la tentación de crear ídolos opresores y también llamada a humanizarse haciendo operativo el amor y el espíritu de servicio.

En etapas de más desarrollo económico y tecnológico puede haber retrocesos humanos. Fuimos educados en el progresismo ascendente como ley, pero se trata de una ilusión. Hay acumulación en lo externo, pero no necesariamente en lo interno.

Si los humanos fuéramos como los animales de instinto cerrado, no se nos ocurriría hacer la torre de Babel, “una torre tan grande que llegue al cielo” (Gen 11,4). Empeño en el que nos confundimos y dividimos. No se nos ocurriría construir un imperio napoleónico, ni un imperio nazi que produzca un hombre superior y domine al mundo. Eso y cosas por el estilo se les ocurre a unos señores, en cierto modo superdotados, que llevan a muchos millones a holocaustos absurdos que sólo dejan cenizas: unos van voluntarios como fanáticos seguidores de ese poder divinizado y otros por la fuerza. Ninguna catástrofe humana anterior fruto de estas divinizaciones, ni la clara visión de sus terribles consecuencias, sirve de vacuna para que nunca más se repitan. No hay vacuna en el campo de los valores y de la ética, ni en el de la construcción de ídolos. Cada persona y cada generación histórica tiene que discernir, elegir y construir.

4. *¿Acaso yo soy el guardián de mi hermano? (Gen.4, 9)*

Aquí empieza todo. Pretender que puede haber un “yo” sin “nosotros”. Más aún, que yo seré más yo si mato al otro. Es lo que hizo Caín matando a Abel. Ellos no son dos señores antiguos que pelearon, es la condición humana permanente y actuante en las diversas relaciones sociales, en las construcciones económicas y en las políticas.

Por eso el grito de denuncia del profeta Amós contra quienes “*venden al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias*” (Amós 2,6).

Hace tres mil años, hoy y mañana, el otro es convertible en mercancía. La absolutización del dinero siempre y en toda circunstancia relativizará al pobre y al débil hasta valorarlo por debajo de unas sandalias.

Jesús nos dice “haz eso y vivirás” (Lucas 10,28 El buen samaritano) ¿Qué es “eso”? Hacerse hermano del extraño, aproximarse al lejano y hacer un “nosotros” con él. Lo contrario de Caín, que al hermano lo hizo enemigo, hasta matarlo. El samaritano dejó entrar en su corazón al extraño y de lo suyo le dio vida.

En Babel la soberbia confundió y dividió a los que hablaban la misma lengua. En Pentecostés el fuego del Espíritu de amor llevó a sentir una misma cosa y a entenderse a los que eran de diversas naciones y hablaban diversas lenguas, sin que ninguno tuviera que renunciar a la suya propia.

Jesús dice que su distintivo, la identidad del hijo del hombre, es hacerse hermano hasta dar la vida por él. Y que quien así da la vida, aunque parece que la pierde, la gana, como el grano de trigo que al pudrirse en la tierra parece morir, pero renace para producir la espiga. Eso no es doctrina; en Jesús, es vida y es revelación de Dios- Amor, el único absoluto que libera para liberarse y liberar.

Jesús dice “nadie puede servir a dos señores, a Dios y al dinero”. Así es, el dinero tiene en el corazón humano la pretensión de ser Señor con mayúscula o dios.

También dice que los señores de este mundo (el poder político) tienden a dominarlos y utilizar a sus pueblos como amos. No ha de ser así entre ustedes. Que quien se sienta superior se haga servidor hasta dar la vida por los otros. Y pone el ejemplo suyo que amó hasta el extremo de la muerte de cruz (Marcos 10,41-44).

Conclusión: Los dioses, sea que se implanten como realidades terrenales o se proyecten en el Olimpo, siempre terminan dominando y aplastando a los humanos. Sólo Dios-Amor no instrumentaliza a los humanos y su difusión por el Espíritu permite que estos vivan, afirmen a los otros y con los otros hagan sociedades, economías y políticas más humanas.

Hagamos una lectura más aplicada de esto; pasemos del corazón humano a sus obras y sistemas sociales, económicos y políticos.

Esta parte que todavía no es la aplicación a nuestro quehacer y discernimiento hoy en Venezuela, la voy a presentar con algunos textos claves de las Enseñanzas Sociales de la Iglesia. No es la Palabra de Dios, pero sí la de una comunidad con sus autoridades religiosas, que a la luz de esa Palabra trata de discernir el mundo moderno y a su acción en él.

II. ECONOMÍA, POLÍTICA Y SOCIEDAD

Empecemos afirmando que la Economía y la Política tienen su propia lógica y naturaleza y no son reductibles la una a la otra; pero están relacionadas y no son separables. Digamos también que los moralismos que desdeñan a la comprensión interna de la naturaleza, función y necesidad de la economía y de la política no solamente son estériles, sino terriblemente contraproducentes, antihumanos y anticristianos. No importa que ese moralismo e inhibición pretenda hacerse desde la inspiración cristiana, reducida a un espiritualismo incapaz de asumir la vida humana y sus tareas humanizadoras. Cristianismo que no asume lo humano, no es cristianismo. También el utopismo nos puede volver incapaces de asumir la realidad y transformarla parcialmente.

1. ¿Economía fuera de la responsabilidad humana?

Toda sociedad humana requiere satisfacer sus necesidades y busca los medios para ello. Las sociedades producen bienes y servicios y los intercambian. Parece que es ilimitada la búsqueda de más y mejores bienes y servicios. Se desea conseguir más con menos esfuerzo y siempre los bienes parecen escasos. En ese intercambio se genera el mercado donde cada quien busca su beneficio y se van desarrollando “quasi-leyes”. Las relaciones de mercado, siempre son relaciones humanas y por tanto susceptibles de convertirse en relaciones de dominación y de poder. Es decir la economía se politiza. Por otra parte, justamente para evitar la dominación y la guerra económica, se introduce la política como pacto social, con leyes reguladoras y autoridad que mira por el bien común de todas las partes.

Los seres humanos intercambian sus productos, sus capacidades y sus trabajos. También ellos mismos, los humanos, tienen valor en el mercado, son mercancías y pueden convertirse en objetos de tráfico e instrumentos de

beneficio y de enriquecimiento de otros. Sobre todo cuando estos entronizan al dios dinero como absoluto. Más allá de la racionalidad económica y penetrándolo todo, está la dimensión sacralizadora, irracional pero poderosa que tienen los humanos con la riqueza que promete poder comprar todo lo que desea el corazón humano.

Los éxitos económicos tienden a justificarse en sí mismos, de manera factual y utilitaria: Es bueno porque produce éxito en el logro de más y mejores bienes y servicios. Con ello se tiende a rechazar toda consideración moral externa y toda intervención política reguladora.

Justamente lo contrario es lo que afirmamos nosotros: La economía necesita valores que la trasciendan y leyes que la regulen para defender el “bien común” de los participantes.

Desde luego, es de difícil discusión cuánta regulación sea conveniente y cuanta libertad posible; la prudencia está en regular sin ahogar, pues si se sofoca, la economía deja de ser productiva, es decir deja de cumplir exitosamente con lo que es su razón de ser. Son muchos los sistemas y casos históricos de fracaso por exceso de control y de regulación; no importa cuan morales fueran las motivaciones controladoras.

La reflexión cristiana y el discernimiento sobre la economía en las sociedades modernas nacidas de la revolución industrial y urbana, tomó cuerpo con la lectura del capitalismo del siglo XIX y se expresó primero en la encíclica social “Rerum Novarum” de 1891. Su nombre expresa la conciencia de novedad que exigió de los cristianos una reflexión especial aplicada a las nuevas realidades productivas sociales y políticas. Considera León XIII que el problema ha crecido “hasta el punto que parece no haber otro tema que pueda ocupar más hondamente los anhelos de los hombres” (R.N. n°1).

En efecto, el siglo XIX vivió una industrialización liberal que rechazaba el intervencionismo estatal, las leyes laborales y sociales y las orientaciones morales, pues -se decía - que el mercado tenía sus propias “leyes” naturales que, dejadas a su libre desarrollo, crearían el mejor sistema de producción y de distribución, estimulando la productividad de todas las partes y dándole a cada una lo que le correspondía.

El hecho es que la revolución productiva se dio marcada por la miseria y la depauperación de las mayorías y las inhumanas condiciones de los trabajadores. Esto llevó al nacimiento de grandes organizaciones obreras de

autodefensa (antes prohibidas) de movimientos revolucionarios que proponían sociedades alternativas al capitalismo, como el anarquismo y el comunismo. A nivel internacional llevó al enfrentamiento entre naciones por el control de las materias primas y de los mercados. Política y economía se fusionaron y estalló la gran guerra mundial, hecho por igual político y económico. El desastre humano producido por la guerra, la coetánea revolución rusa para instaurar una sociedad alternativa anticapitalista y la miseria de entre guerras con la Gran Depresión de 1929, llevaron a diversas formas de búsqueda de sociedades donde hubiera un nuevo equilibrio entre economía, valores sociales y política.

El fascismo y el nazismo fueron movimientos (anticomunistas y antiliberales) que incluían como lo económico, lo político y lo social, al igual que una absolutización que levantó nuevos ídolos y produjo holocaustos más espantosos que en el pasado. La segunda guerra mundial, la reconstrucción y el enfrentamiento entre sistema capitalista y regímenes comunistas trajeron en la segunda mitad del siglo XX un nuevo equilibrio social, económico y político en las sociedades de capitalismo avanzado, con acercamiento y negociación entre capital y trabajo, legislación social avanzada, combinación más equilibrada del mercado y del estado y el disfrute generalizado de bienes y servicios.

2. *¿Dictadura económica?*

En 1931, en el momento de gran crisis económica, social y política del capitalismo, Pío XI produjo la encíclica “*Quadragesimo Anno*”; en ella acude a fundamentales principios cristianos de discernimiento para esclarecer la gravísima situación que se vivía. En esto la encíclica nos parece extraordinariamente lúcida, aunque las aplicaciones que hace como sugerencias de solución sean más circunstanciales y discutibles.

Algunos principios sobre la economía

El principio de la libre concurrencia de las fuerzas económicas sin ninguna regulación es como “*una fuente envenenada*” - dice la Encíclica- de donde han manado todos los errores de la economía “individualista” que, suprimiendo, por olvido o por ignorancia, el carácter social y moral de la economía, estimó que ésta debía ser considerada y tratada como totalmente independiente.

Mas la libre concurrencia, aun cuando dentro de ciertos límites es justa e indudablemente beneficiosa, no puede en modo alguno regir la economía, como quedó demostrado hasta la saciedad por la experiencia, una vez que entraron en juego los principios del funesto individualismo (Q.A. n.88).

Al leer los hechos nacionales e internacionales, el Papa considera que la economía liberal, desbocada y sin control, se ha convertido en instrumento de muerte.

“Es de todo punto necesario, por consiguiente, que la economía se atenga y someta de nuevo a un verdadero y eficaz principio rector. Y mucho menos aún puede desempeñar esta función la dictadura económica que hace poco ha sustituido a la libre concurrencia...” (Q.A.n.88 destacado nuestro).

La conclusión es obvia: “

Por tanto, han de buscarse principios más elevados y más nobles, que regulen severa e íntegramente a dicha dictadura, es decir la justicia social y la caridad social. Por ello conviene que las instituciones públicas y toda la vida social estén imbuidas de esa justicia, y sobre todo es necesario que sea suficiente, esto es, que constituya un orden social y jurídico, con que quede como informada toda la economía(Ibídem).

Lo anterior también debe ser aplicado al orden internacional: Las diversas naciones dependen unas de otras y deben promover “ por medio de sabios tratados e instituciones, una fecunda y feliz cooperación de la economía internacional” (Q.A. n°89).

Se vuelve a apelar a la necesidad de la política y la moral que ordenen la economía hacia el bien de toda la sociedad humana.

Se llega a este punto histórico (no sólo a esta visión cristiana) por un proceso y unos hechos que en 1931 eran visibles e hirientes y así fueron señalados por el Papa: “Salta a los ojos de todos, en primer lugar, que en nuestros tiempos no sólo se acumulan riquezas, sino que también *se acumula una descomunal y tiránica potencia económica* en manos de unos pocos...” (Q.A. n. 105).

Un poco más adelante se nos habla de algunos mecanismos de esa tiranía:

Dominio ejercido de la manera más tiránica por aquellos que, teniendo en sus manos el dinero y dominando sobre él, se apoderan también de las finanzas y señorean sobre el crédito, y por esta razón administran, diríase, la sangre de que vive toda la economía y tienen en sus manos así como el alma de la misma, de tal modo que nadie puede ni aun respirar contra su voluntad (Q.A. n°106).

¿Qué diría el Papa de la economía mundial y el poder financiero setenta años después?

Pío XI sigue haciendo lectura de lo visto en las cuatro décadas anteriores de desarrollo capitalista y concluye:

Tal acumulación de riquezas y de poder origina, a su vez, tres tipos de lucha: se lucha en primer lugar por la hegemonía económica; se entabla luego el rudo combate para adueñarse del poder público, para poder abusar de su influencia y autoridad en los conflictos económicos; finalmente, pugnan entre sí los diferentes Estados, ya porque las naciones emplean su fuerza y su política para promover cada cual los intereses económicos de sus súbditos, ya porque tratan de dirimir las controversias políticas surgidas entre las naciones recurriendo a su poderío y recursos económicos (Q.A. n°108).

Juntos, la economía y la política llegaron a la guerra. Alianza que hoy está a la vista al igual que su distancia del bienestar de la mayoría de los pueblos y naciones.

El Papa no cae en la ilusión de que el libre y perfecto mercado es el que gobierna el mundo y produce una sabia circulación y distribución de bienes. Por el contrario,

la libre concurrencia se ha destruido a sí misma; la dictadura económica se ha adueñado del mercado libre; por consiguiente, al deseo de lucro ha sucedido la desenfrenada ambición de poderío; la economía toda se ha hecho horrendamente dura, cruel, atroz (Q.A. n.109).

Sin embargo esta perversión, dice el Papa, no debe llevar a ignorar las virtudes del mercado y de la libre concurrencia, cuando operan dentro de los debidos límites.

De ahí se siguen “la deplorable mezcla y confusión entre las atribuciones y cargas del Estado y las de la economía”(Ibídem). Considera que el Estado que,

libre de todo interés de partes y atento exclusivamente al bien común y a la justicia, debería ocupar el elevado puesto del rector y supremo árbitro de las cosas; se hace por el contrario esclavo, entregado y vendido a la pasión y a las ambiciones humanas (Ibídem).

Termina el Papa Pío XI señalando cómo de esa fuente se derivan “dos ríos diversos”: por un lado el nacionalismo” o también el “internacionalismo” o “imperialismo” internacional del dinero” (Q.A. n.109).

Para la reflexión cristiana la economía absolutamente libre impone la ley del más fuerte y se convierte en poder y tiranía, es decir en un tipo de política de opresión. Por eso queda la gran interrogante sobre la capacidad real de que una política moral —es decir ordenada al bien común— pueda dominar a esta tiranía y convertirla en servicio.

Es importante el reconocimiento de la dramática contradicción, o al menos distancia, entre idealismo y realidad, tanto en lo referente a la economía como a la política: ni la libre competencia es tal, ni el Estado es un árbitro imparcial que vela por el bien común, sino que puede convertirse e un “esclavo, entregado y vendido”.

Ciertamente los tiempos y las circunstancias cambian, pero ¿quién se atreverá a decir que hoy los árbitros(los estados) son más libres que ayer y la competencia y el mercado son la esperanza de los dos mil millones de pobres de la tierra? Por eso, hay que hacer discernimiento de la economía ideologizada y desenmascarar la idealización política, sin renunciar en ambos casos al bien común y al válido papel mediador del mercado.

Cuando 40 años después, al cumplirse los ochenta años de la *Rerum Novarum* el Papa Pablo VI publica la *Carta Apostólica “Octogésima Adveniens”* (14 de mayo de 1971), Europa occidental goza de paz y de prosperidad y no vive los tiempos dramáticos de la crisis de los treinta y el comienzo del fascismo y el nazismo. Sin embargo, ciertos principios sobre la

economía y su subordinación al bien de la humanidad permanecen y las empresas multinacionales se desarrollan a escala mundial como “nuevas potencias económicas” que actúan

en gran parte independientes de los poderes políticos nacionales y, por consiguiente, sin control desde el punto de vista del bien común”. Al extender sus actividades, estos organismos privados pueden conducir a una nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político (O.A. n° 44).

Es decir dentro de los países hay controles y ordenamiento al bien común, pero fuera de ellos, las empresas pueden actuar con los criterios de libertad y autonomía descontrolada con que lo hicieron el siglo XIX.

A nivel internacional, decía Pablo VI hace 30 años, la economía requiere de una autoridad moral efectiva que la regule y la ordene hacia el bien común, tanto de la nación donde actúan, como de la humanidad. Hoy en día esto es más claro, si cabe, y hay nuevas consideraciones de tipo ecológico que introducen con fuerza la necesidad de repensar los modelos de desarrollo y exigir un diseño solidario para cuidar la casa común de la humanidad: en el espacio, donde coexisten cientos de nacionalidades, y, en el tiempo, porque los todavía no nacidos tienen derecho a no ser agredidos por la destrucción que la actual generación hace del hábitat que necesitan ellos, los que nacerán dentro de 40 o 100 años.

La ambición de numerosas naciones en la competición que las opone y las arrastra, es la de llegar al predominio tecnológico, económico y militar. Esa ambición se opone a la creación de estructuras, en las cuales el ritmo del progreso sea regulado en función de una justicia mayor, en vez de acentuar las diferencias y de crear un clima de desconfianza y de lucha que compromete continuamente la paz (O.A. 45).

El hecho de que en los últimos 15 años una potencia haya impuesto su indudable hegemonía tecnológica, económica y militar, lejos de desactualizar esta observación papal, la agrava, pues se tiende a imponer el poder y el interés propio sin respecto a las identidades, intereses y necesidades de otros pueblos y sin contrapeso por parte de ellos. Como recientemente nos recordó el papa Juan Pablo II el mundo requiere un nuevo orden internacional si se

quiere preservar la paz, la dignidad humana y las condiciones materiales de vida digna y de desarrollo.

Pablo VI se preguntaba, con razón “¿No es aquí donde aparecen los límites radicales de la economía?”(O.A. n°46). En efecto surge la necesidad de la política como ordenamiento y límite de la economía.

Por eso, el paso de la economía a la política es necesario. Ciertamente, el término “política” suscita muchas confusiones que deben ser esclarecidas. Sin embargo, es cosa de todos sabida que, en los campos social y económico –tanto nacional como internacional–, la decisión última corresponde al poder político (Ibidem).

Antes de salir del discernimiento de la economía resumamos: La actividad económica es necesaria. Los pueblos aspiran hoy al disfrute de bienes y servicios que gracias a la economía, y en buena parte a la iniciativa privada, al estímulo y al mercado, se han hecho posibles. Si esa posibilidad está al servicio de hombres y mujeres, es fuente de vida. Si por el contrario, es ahogada por regulaciones o libre de toda otra consideración humana, se desarrolla al servicio de la ambición de unos pocos, está al servicio de la muerte; cuanto más exitosa para los intereses de unos pocos, más fuente de muerte será. El arte está en ordenar socialmente las instituciones de manera que contribuyan a que el interés privado se realice en la medida en que produce el bien público o el bien de otros. Ello solo se puede hacer dentro de la sociedad toda y con la autoridad política de ella. No se trata pues de blanco y negro, sino de que cada actividad y cada sistema tiene aspectos positivos y otros negativos que deben ser sopesados y corregidos.

Pero no pensemos que el problema se resuelve remitiéndolo a la política por ser ésta la autoridad reguladora y promotora del bien común.

3. ¿El poder político es árbitro neutral?

La política no es menos ambigua, ni requiere menos discernimiento que la economía, ni entraña menos ídolos con pretensiones de absoluto y potencial para aplastar al hombre. También de la política decimos lo mismo: si efectivamente está al servicio de la humanidad es fuente de vida; si está subordinada a la ambición, será fuente de muerte.

Aquí es donde entran las motivaciones religiosas y morales que impulsan el sentido de la solidaridad, del amor y del servicio. Así como decíamos que la autoridad política en cierto momento debe obligar a la economía, es necesario también que la sociedad, la gente, obligue al poder y a la política a servirla. En definitiva, es la sociedad la que hace economía y política. Ese conjunto de personas (luego veremos a su vez que no es un conjunto que sin más se pone de acuerdo en el bien común de todos los integrantes, sino que unos pueden afirmarse excluyendo a los otros) hace economía y política y tiene que desarrollarlas para que todos tengan más vida y más oportunidades. Si la política y la economía oprimen a la sociedad, es que ella misma (en cuanto hace esa economía y política) se oprime y mata. Más frecuente es hoy ver que determinadas sociedades hacia adentro pactan y establecen leyes e instituciones que razonablemente buscan un bien común solidario y compartido, pero hacia afuera, hacia los otros países no hay esa consideración. Así el bienestar de unos países puede convivir, y aun alimentarse, de la miseria de otros.

De ahí la necesidad de la sabiduría cristiana y de la libertad para no absolutizar el propio bienestar, ganancia y poder, pues, si lo absolutiza, no tendrá escrúpulos de lograrlo al precio de la vida de otros.

Aquí conviene advertir que el discernimiento cristiano se expresa en la acción, no simplemente se hace desde una torre intelectual que no transforma la realidad. Por eso Pablo VI hace 33 años escribía unas palabras que son de máxima actualidad:

No basta recordar principios generales, manifestar propósitos, condenar las injusticias graves, proferir denuncias con cierta audacia profética; todo ello no tendrá peso real si no va acompañado en cada hombre por una toma de conciencia viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. Resulta demasiado fácil echar sobre los demás la responsabilidad de las presentes injusticias, si al mismo tiempo no nos damos cuenta de que todos somos también responsables, y que, por tanto, la conversión personal es la primera exigencia (O.A. n 48).

4. Las trampas del poder político

Es cierto que en el “deber ser” del poder político la única finalidad es “la realización del bien común” y que idealmente “interviene siempre movido

por el deseo de la justicia y la dedicación al bien común del que tiene la responsabilidad última” (O.A.nº46).

Esta finalidad deben cumplirla el estado y la política sin anular la naturaleza y fines de personas, instituciones y asociaciones, que hay en toda sociedad. “En efecto el objeto de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo social y no destruirlos ni absorberlos”(O.A.nº46).

Tenemos que combinar esta formulación ideal del deber ser del poder político con su realidad empírica y las específicas tentaciones en las que incurre con frecuencia, como son la *adoración y absolutización del poder*, su *subordinación a intereses particulares* de quienes de alguna manera se apropian del poder (directa o indirectamente) o la tentación de *ahogar la vida y la iniciativa social* autónoma del poder político y del estado (ver el mismo nº 46 de O.A.).

En este sentido conviene recordar la permanente tentación de apropiarse del Estado y administrarlo en provecho propio, como nos lo señala León XIII:

*la administración del Estado debe tender por naturaleza no a la utilidad de aquellos a quienes se ha confiado, sino de los que se le confían, como unánimemente afirman la filosofía y la fe cristiana” (R.N. n.º26).
“ La custodia de la salud pública no es sólo la suprema ley, sino la razón total del poder” (Ibídem).*

No bastan las cautelas teóricas, sino que es necesario el compromiso cristiano en la acción política donde

se esforzarán por salvaguardar la coherencia entre sus opciones y el Evangelio y por dar, dentro del legítimo pluralismo, un testimonio, personal y colectivo, de la seriedad de su fe mediante un servicio eficaz y desinteresado hacia los hombres ”(O.A.nº46)

Frente al peligro de dominio de la tecnocracia, es necesario inventar nuevas formas de participación

no solamente dando a cada hombre la posibilidad de informarse y de expresar su opinión, sino de comprometerse en una responsabilidad común. Así los grupos humanos se transforman poco a poco en comunidades de participación y de vida. Así la libertad, que se afirma

con demasiada frecuencia como reivindicación de la más plena autonomía en oposición a la libertad de los demás, se desarrolla en su realidad humana más profunda: comprometerse y afanarse en la realización de solidaridades activas y vividas". (O.A.n°46).

5. Las estructuras y las relaciones sociales

Desde luego no existe sociedad sin economía y sin poder político, pero podemos señalar lo que es específico de lo social: las relaciones entre los individuos, y entre los diversos grupos sociales dentro de la sociedad definidos por el parentesco, vecindario, religión, raza, actividad compartida, etc. Vemos varios errores que se deben evitar en la comprensión y construcción de lo social:

1. No somos individuos aisladamente completos que luego decidimos asociarnos con otros. Solo somos individuos y personas como producto de una sociedad, de unas relaciones sociales. Desde luego nacemos gracias a esa relación y en un núcleo familiar y solo en sociedad nos desarrollamos como humanos. Está demostrado que criados entre animales y sin relación humana, ni desarrollamos la inteligencia, ni el habla, ni otras características humanas. No hay yo sin nosotros.
2. Constituidos como humanos desde esa realidad establecemos muchas otras relaciones sociales, unas inevitables, otras por necesidad, otras por conveniencia, otras impuestas. Decimos esto para dejar claro que sí hay relaciones que se establecen una vez constituidos como personas y con otros actores sociales que incluso no participaron en esa constitución nuestra.
3. Muchas formas de asociación social tienen el carácter (implícito o explícito) de pactos sociales en los que la asociación es beneficiosa para ambas partes y los hace capaces de cosas que cada una de ellas sola no podría lograr.
4. También se dan asociaciones por imposición (conquistas políticas, dominaciones y subordinaciones económicas y sociales) que resultan muy asimétricas y con mayor beneficio para el que domina e incluso grave daño para el dominado. De hecho en toda relación social esta latente la rivalidad, el abuso, el conflicto, la agresión, la explotación...el *homo homini lupus*.

5. También tienen parte de razón quienes consideran (Hobbes) que pactamos la creación del Estado para evitar la situación de agresión de todos contra todos, es decir, por miedo: para evitar destruirnos es preferible renunciar a la defensa propia y ceder toda nuestra fuerza y “poderes” a esa criatura nueva que es el Estado, aún a riesgo de que eso le dé probabilidades de abuso al Leviatán creado por nosotros. De nuevo aquí los autores se dividen, pues muchos creen que esa delegación, siempre debe ser condicionada, vigilada y retirable cuando no sirve al bien común. Esta última es la enseñanza tradicional católica, junto con la idea de que nos asociamos en comunidad política porque así podemos lograr mejor los fines humanos; es decir, que no sólo el miedo sino también la sociabilidad y la cooperación para el bien común dan origen a la dimensión política.

Lo que queremos recalcar con todo esto es que los seres humanos somos naturalmente sociales, que somos capaces de crear multiplicidad de asociaciones con diversos propósitos y como forma de desarrollo social y personal, y que construimos la sociedad civil o política para el bien común. Que las sociedades son pluralistas y que todo tipo de relación social siempre puede dejar de ser reconocimiento y aceptación mutua, solidaridad y apoyo, y pervertirse en negación, agresión, explotación o destrucción del otro.

Antes esto se vivía en sociedades que en muchos aspectos podían considerarse más homogéneas porque tenían la misma lengua, religión, raza, costumbres y cultura. Hoy la pluralidad de la humanidad en todo esto, no se limita a que estamos informados acerca de otros pueblos distintos y lejanos, sino que en una vivencia cotidiana, interactuamos y nos influimos, aunque habitemos a miles de kilómetros de distancia; es decir, hay una relación social. El mundo se ha hecho pequeño y los distantes se hacen vecinos; sus cosas nos interesan y pertenecen. Por tanto en el discernimiento social cotidiano el cristiano se encuentra en circunstancias que le obligan a decidir por la afirmación o la negación de los humanos que son distintos a él en genero, raza, religión, oficio, preferencias...

No hay más alternativa cristianamente aceptable que la de afirmar al otro como otro. Esta afirmación en toda su radicalidad y plenitud es una utopía que no existe en la realidad histórica, porque la realidad es que individual y socialmente somos personas predisuestas y prejuiciadas para negar a los diferentes.

Conviene recordar que la solidaridad no siempre viene de la generosidad y del amor al otro; con frecuencia se nutre de un “egoísmo” bien informado que sabe que gana más negociando y le va mejor si a toda la sociedad, o a toda la humanidad, le va mejor.

Cuando decimos que la economía y el poder político deben ser humanizados por la sociedad, estamos hablando de toda la humanidad, no de un solo país o continente más poderoso. Esta afirmación es realista y consciente de las profundas diferencias, asimetrías y rechazos estructurales (con experiencias y mecanismos seculares, enquistados que limitan y subordinan unos pueblos a otros) y también de las permanentes tentaciones individuales a negar o a utilizar al otro como instrumento de nuestra realización.

Caín puede ser cada persona cada día. Caín son también las estructuras sociales de discriminación, dominación y de negación en cada sociedad y en la sociedad mundial.

Todas esas estructuras, divisiones y descalificaciones culturales, siempre están conectadas a lo político y a lo económico y con frecuencia son estas dos dimensiones las que más las endurecen, pero también las soluciones vienen de ahí.

El discernimiento cristiano en lo social lleva a la afirmación de la humanidad plural y a que los instrumentos de la economía, de la política, del derecho, de la tecnología y de la información, se humanicen con la solidaridad y sirvan para la realización del “otro” y del “nos” en el “nosotros”. Afirmamos una humanidad que, en su multiplicidad y variedad, tiene la misma dignidad humana afirmada por Dios como no reducible a objeto.

III. PARA ACTUAR EN VENEZUELA

La actual situación venezolana es muy compleja. No bastan consideraciones piadosas, ni más discursos e ideologías. El futuro del país entero está profundamente comprometido y la esperanza de los pobres de lograr mejores condiciones de vida puede quedar en una amarga ilusión, mientras el subdesarrollo y la ingobernabilidad se perpetúan.

Para empezar con los que menos tienen hay algunos hechos indiscutibles:

Algo más de la mitad de los venezolanos, digamos unos 15 millones son, social, económica y políticamente, profundamente deficitarios con relación a sus justas aspiraciones y condiciones dignas de vida.

Desde hace 25 años este cuadro viene agravándose y en el último quinquenio se ha acentuado el deterioro.

Quienes integran ese sector de la sociedad viven en un hábitat inadecuado, su trabajo es inexistente o malo, su productividad muy baja, muy deficitarios su educación, capacitación, servicios de salud y el conjunto de dotación de activos necesarios.

La pobreza aumentó del 23% en 1978 al 55,8 % en 1998 y al 71,6 % en 2002. En el último año ha continuado empeorando esta tendencia.

Con las actuales tendencias, este sector estará cada vez más distante del resto del país y muy lejos de los niveles mundiales más aceptables en este mundo globalizado.

Si la mayoría continua empobreciéndose, el país entero será pobre y tendrá graves problemas de gobernabilidad y de acuerdo social de convivencia.

1. Para hacer caminos de solución

Obviamente se trata de revertir esa tendencia y para ello hay algunas tareas y enfoques imprescindibles:

La actual pobreza mayoritaria, luego de más de medio siglo de posibilidades privilegiadas, es responsabilidad de una dirección política, social y económica que vivió y protagonizó muchas de las desviaciones, deformaciones y corrupciones que hemos señalado en las páginas anteriores con las citas de las encíclicas sociales de la Iglesia

La población pobre por sí misma no puede elevar su nivel social, económico y político. Tampoco otros lo pueden lograr sin un cambio desde dentro de ese sector. Es este el que debe “empoderarse” y elevarse social, económica y políticamente. *Es imprescindible una alianza efectiva* entre estos sectores y un gran número de *profesionales* identificados con esta superación y con el *Estado* para elevar sistemáticamente la salud, la educación, el hábitat, el empleo y la productividad ciudadana y económica. De lo contrario la situación se irá empeorando.

La alianza debe abarcar la superación de esta población en cuanto a su hábitat (que es cada vez más marginal e inadecuado en terreno y vivienda y más inseguros los espacios comunitarios), su educación y capacitación, su empleo, sus valores y núcleo familiar, sus organizaciones sociales, su goce efectivo de un estado social y democrático de derecho, que hoy le es dolorosamente ajeno. Conseguir esto es cambiar toda la sociedad.

No se trata de limosnas privadas, ni de distribución del Estado para donar posibilidades de consumir, sino que es imprescindible potenciar las capacidades de producción de bienes, servicios, y de organización social para generar ingresos y formas de vida que les permitan a los pobres acceder a lo que razonablemente les es necesario para una vida digna. No es un cambio que se limita a la cantidad que pueden consumir, sino al modo en que se produce vida.

No estamos jugando con economías y políticas ideales que no existen, ni con una Venezuela soñable que no está al alcance de nuestra acción. Afirmaciones cristianas de esta índole, ideales y absolutas, pueden ser evasivas y por tanto anticristianas.

Los cambios que necesitamos solo serán posibles si se comprende bien la enfermedad venezolana, se asume nuestra realidad en lo que tiene de más problemática y también las condiciones de posibilidad para construir algo más positivo.

Hay que preguntarse seriamente por qué una tendencia ascendente de varias décadas se agotó hace 25 años y venimos descendiendo; incluso en el actual gobierno que ha tenido más ingresos fiscales que ningún otro gobierno anterior.

Parece inevitable recordar que Venezuela es un país petrolero con un Estado, que pesa tanto en la economía del país, que genera la ilusión de ser un país rico “por naturaleza” y herencia (no por esfuerzo y responsabilidad propia) y que tiene acceso a los niveles de vida de los países desarrollados. Al mismo tiempo la economía no petrolera es muy débil y muy dependiente del Estado y del sector petrolero. En cuanto al empleo, menos del 1% se ocupa directamente en el sector petrolero; cerca de un 30% tiene un empleo formal estable y con al menos un mínimo nivel, con aporte al sistema de seguridad social y acceso a los bienes y servicios en calidad y cantidad, convencionalmente aceptables. La manera normal de nuestro funcionamiento

hace problemático el hábitat, la educación, la salud, la seguridad, la participación social y política y la producción ... del otro 70 %. Tiene poca oportunidad de producir y menos de acceder a la calidad de vida deseada. Esa relación hace indeseable el actual conjunto de la economía, política y sociedad venezolana.

El Estado que durante varias décadas fue la palanca del ascenso social, del acceso a la educación, a la salud, a la seguridad, a la vivienda subsidiada (se llegaron a construir hace 30 años cerca de 100.000 y hoy apenas 12.000), al empleo, a formas de participación social, ese mismo Estado en las últimas décadas es un creciente factor de distorsión, pues aporta menos y de peor calidad a los que menos tienen.

Ello tiene que ver con el enfoque y la manera en que se establece la relación entre el Estado y la sociedad en diversos aspectos: iniciativa empresarial, distribución desigual de la educación pública, carencia o precariedad de organizaciones sociales autónomas, populares y profesionales. Al mismo tiempo, la iniciativa empresarial privada que creció durante décadas, lleva en su conjunto más de veinte años de estancamiento y de retroceso.

Es un error pensar que este debilitamiento de los sectores de menores ingresos va acompañado de un fortalecimiento de los sectores empresariales. Venezuela no cuenta hoy con un sector empresarial fuerte y tampoco con un ahorro interno poderoso (los ahorros están fuera), ni una dinámica de inversión productiva esperanzadora.

2. Calidad institucional y horizonte cultural

La buena calidad institucional es la mejor manera de multiplicar los bienes sociales, de defender a los más débiles y de fomentar la libre iniciativa dentro de un marco claro y confiable; mientras que las instituciones deformadas multiplican y perpetúan los males. En este sentido creemos pertinente lo que decíamos hace tres años:

Venezuela está inmersa simultáneamente en la pobreza y en la globalización asimétrica, con una cultura rural rentista, muy lejos de la cultura productiva moderna. Por otra parte, desde el punto de vista del consumo, de las aspiraciones y hábitos relacionados con él, somos

país moderno. Es decir, somos capaces y deseosos de consumir moderno, pero no de producir moderno. En buena parte esta incongruencia se basa en la renta petrolera que permite a una sociedad productivamente pobre vivir la ilusión de riqueza”.

En un horizonte cultural tan deformado en cuanto a riqueza nacional y productividad propia, la apertura a la globalización productiva provoca una reacción que demoniza aquello que sería su salvación si lo tuviera. Palabras como mercado, competencia y desempeño, son vistas como enemigas y atributos del demonio neoliberal. Pedimos al gran vengador(caudillo o partido) que les ponga barreras, que nos proteja con toda la fuerza del omnipotente Estado petrolero que durante 80 años ha moldeado la cultura rentista nacional y que incluye algunos elementos muy negativos para poder enfrentar la actual globalización asimétrica. Recordemos algunos falsos supuestos y creencias de esa cultura:

- *Somos sociedad muy rica* porque heredamos la inmensa “fortuna natural” del petróleo. Somos ricos, no por nuestro buen desempeño productivo, sino por herencia petrolera porque nacimos ricos, “por la gracia de Dios”.

- *El Estado, no es creación nuestra*, ni descansa en nuestra creatividad y fortaleza, ni sus debilidades son las nuestras, ni su recuperación depende de nosotros. No, el Estado nace del petróleo, se sustenta en él; por eso es poderoso, aunque la sociedad venezolana sea débil. El Estado es el albacea y garante de que la riqueza petrolera, que heredamos por el hecho de ser venezolanos, se nos distribuya efectivamente.

- *La Constitución es nuestro título de propiedad* para exigirle al Estado que nos dé el bienestar que nos corresponde.

- *La Educación*, al igual que en las sociedades aristocráticas preburguesas, no es para aprender a ser productores de ciudadanía y de bienes y servicios de calidad - calidad de vida humana espiritual y material -, ni es para revolucionar el hecho productivo. *La educación*, se cree falsamente, *es para acceder más y disfrutar mejor de la riqueza existente independientemente de nosotros y no para crear la riqueza que no existe.*

- *La cultura rentista y el moralismo nacionalista*, provocado (por reacción) por la globalización, llevan a rechazar el mercado, la productividad y la competencia como naturalmente inhumanas; como amenazas que

acentúan la pobreza y niegan la vida de las mayorías. El Estado será el salvador si les cierra el paso y resuelve la pobreza dándonos lo que necesitamos.

3. *Productores de alianzas y soluciones*

En contraste con estas creencias y visión, que es la base de los gobiernos populistas anteriores y de la llamada “revolución”, tenemos que generar otra, con dinámica y ética distintas, porque otro es el modo de defender la vida y de fortalecer la actual debilidad de los pobres. Para ello hay que contraponer a lo que acabamos de decir los siguientes hechos:

La sociedad venezolana es pobre, porque pobre es la suma de bienes y servicios que producimos los venezolanos y pobre la calidad de la convivencia social y espiritual que generamos.

El camino para superar la masiva negación de la vida, que la pobreza implica, es hacer nuestra la convicción de que la riqueza material, la convivencia social de calidad, el Estado y el desarrollo espiritual, *los hacemos nosotros*, son productos nuestros y están dadas suficientemente las condiciones externas para que las podamos producir. Sólo así podremos exigir y lograr los cambios necesarios en los factores internacionales que son decisivos para nuestro futuro.

El desarrollo sistemático de una cultura productiva moderna en la educación, en la empresa y en el Estado, como algo envolvente que abarca la formación y valores espirituales, las prácticas institucionales y el sistema de estímulos y de sanciones, es entrar en una dinámica para recuperar la vida, en una dinámica moral.

La lucha coherente y exitosa contra la pobreza requiere que los pobres se apoderen de la cultura productiva y que el conjunto de la sociedad y el Estado, contribuyan para que esa cultura se sustente en prácticas productivas concretas, con preparación y oportunidades productivas, en la escuela, en la empresa, en la sociedad. Lo que implica necesidad de nuevas dinámicas culturales reflexivamente productivas.

Para ello hay que:

- *Rescatar el Estado* para la realización de una eficiente y focalizada acción de fortalecimiento de los sectores más débiles directamente y para

estimular y orientar la inversión y la iniciativa privada y social para el crecimiento económico con empleo.

- Lograr una *alianza social* en el ámbito político, pero también fuera de los políticos y del Estado, entre los sectores más necesitados y los sectores profesionales para juntos lograr la potenciación y contribuir a cambiar el funcionamiento de los mecanismos del Estado y obligar a los políticos y la burocracia a hacer efectiva la palanca pública para la elevación de los sectores populares en lo que ellos necesitan para una vida más digna.

Es algo muy distinto del tradicional oficio de repartidores que generan dependencias clientelares y que son propicias para la corrupción y para la poca institucionalidad.

Así mismo el sector empresarial requiere una nueva conciencia y compromiso social, dejando atrás la ilusión (si alguna vez la tuvo) de que le puede ir bien con un país fracasado y pobre.

Las siguientes líneas de acción nos parecen indispensables:

- *Opción* claramente definida por una democracia social pluralista que ponga en el centro-rector de su acción la superación de la pobreza con todo lo que ello significa, como son:
- *Rescate del Estado* con una clara definición del bien común venezolana por los próximos 20 años y con recuperación de la capacidad de gestión eficaz y transparente de lo público, al menos en educación, salud y seguridad.
- *Inversiones cuantiosas* para el logro del crecimiento económico sostenido y para la generación de empleo. Énfasis en la elevación, organización y participación de productividad medida con parámetros internacionales.
- *Elevación de la ciudadanía* ordenada a la gestión y elevación de la productividad por medio de mejor educación, participación y capacitación de la gente.

La dirigencia venezolana (política, empresarial, intelectuales, iglesias etc.) se ha resignado a la Venezuela pobre y hay el peligro de que todos aceptemos como “normal” lo que es totalmente intolerable por antihumano. En ese sentido, volver al ayer es funesto y contrario a las soluciones que necesitamos hoy.

Para lograr todo ello hay que librarse de fáciles consignas de derecha o izquierda como el de “solo el pueblo salva al pueblo” ó el “mercado liberal los hará libres”. Por el contrario *debemos trabajar sistemáticamente y a fondo una alianza social entre pobres y profesionales para salir de la pobreza*. Alianza que exige solidaridad, voluntariado y movilización social, como en las grandes catástrofes y emergencias. No se trata de un operativo, sino de una alianza duradera que se desdobra en varios acuerdos y alianzas, como son la *alianza social educativa* para lograr que todo niño desde el preescolar hasta séptimo inclusive esté en una escuela que funcione bien, o la *alianza para la salud* a fin de rescatar el buen funcionamiento y atención en los ambulatorios de atención primaria y de educación en salud. Esto no lo van a hacer, ni lo pueden hacer, solos los burócratas existentes, ni los partidos - sean del gobierno o de la oposición-, tampoco lo puede el pobre sólo, ni el mundo profesional sólo. Pero sí es factible y necesario con una organización de profesionales y de usuarios de las escuelas y de centros de salud que exijan y vigilen profesionalmente el funcionamiento de los centros. Así se podrían poner otros ejemplos de políticas sectoriales (cultura y práctica fiscal, seguridad social y ciudadana, acceso a la justicia...) con claros y medibles objetivos y también de unidades administrativas descentralizadas (gobernaciones, alcaldías, etc.).

Los burócratas y los políticos cambiarán, pues serán exigidos y apoyados para hacerlo. Cambiarán, no porque los partidos o la burocracia cambien por sí mismos, sino por los cambios en la sociedad civil, porque surge una alianza entre los dolientes directos y miles de profesionales comprometidos con esos objetivos y vigilantes, como sociedad civil organizada. De ahí nace una nueva institucionalidad y una manera distinta de operar y de hacer política con los políticos, pero no de estos solos.

En este contexto de emergencia puede ser nuevamente distractiva toda ensoñación sobre revoluciones completas, sobre sistemas económicos y socio-políticos alternativos ideales, que estén totalmente fuera de nuestra realidad, al menos en las próximas décadas.

Ha llegado la hora de demostrar que los cristianos tenemos los pies en la tierra y que tomamos en serio eso de que el reino de Dios se juega en la acción de dar un vaso de agua al sediento o curar al herido. A quien pregunta por el modo de conseguir la vida eterna Jesús le dice “*Haz eso y vivirás*”.